

MOMENTO DE ARREGLAR EL DESASTRE

EMILIO ÁLVAREZ FRÍAS

Seamos conscientes. España es un desastre. Lo decimos nosotros, lo dicen unos cuantos millones de españoles, y lo dicen fuera de nuestras fronteras. Estos momentos son los peores de nuestra historia contemporánea en tiempos de paz. Nunca ha habido una tropa tan desaguisada dirigiendo los destinos de la nación. Empezando por el presidente que maneja la batuta sin partitura, y lo mismo hace sonar los violines que el trombón, las maracas que el oboe, la turba que los timbales. O deja que cada uno ande por su lado; que la cuerda se mezcle con los metales, la percusión se oponga a la madera cuando deban ir unidas, los vientos soplen por donde mejor les parezca. Todo este desbarajuste en la orquesta tanto obedece a sus pretensiones, como a la incapacidad de él y la de quienes tocan los instrumentos. A lo mejor es por insolvencia, o quizá por intención de que vaya cada día a peor. Todo ello, siempre, claro está, sin que marchen en contra de sus inclinaciones, sus pretensiones, sus proyectos que nadie conoce en su totalidad. Pero, sin fallar, respondiendo al unísono cuando él marca con energía y exacción la nota que hay que dar en ese momento, sea do, fa o sol o la que a él pluguiera en ese instante; todos al unísono, como si fueran los tambores de Hellín o de Calandra.

Y mientras la nación vistiéndose con ropas que nunca le han ido bien. No son las de Balenciaga, Adolfo Domínguez, Pertegaz, Jesús del Pozo... ni siquiera de Ágatha Ruiz de la Prada que además de agregar una «h» a su nombre para ser distinta, produce una ropa más digna de cualquier circo que del vestuario femenino. Es decir, que partiendo de los decretos ley del presidente del gobierno, en España se están pariendo unas leyes y disposiciones ministeriales de cualquier tipo que no tienen nada que ver con las que vienen de la trayectoria española, al menos desde el III Concilio de Toledo, pasando por el IV y siguiendo con algún altibajo hasta el XVIII, que marcaron la trayectoria que luego habían de seguir los Reyes Católicos y no pocos de los gobernantes que les siguieron. Ciertamente que en la Historia de España hubo altibajos, pero nunca se llegó a romper la línea que conducía a mantener unos valores fundamentales que eran la base de la vida individual de sus naturales como la colectiva para la relación y convivencia de toda la población. Cambiando constantemente, eso sí, pues, como es lógico y normal la evolución es imparable. De la misma forma que hoy, para entendernos, utilizamos unas palabras distintas a las del siglo xv –por dar una fecha–, o las mismas con distinta grafía, hemos evolucionado en interpretar unos u otros conceptos, unas u otras acciones, unos de otros comportamientos, con no poco crecimiento en el conocimiento de las cosas.

Mientras en tiempos pasados las leyes siempre iban encaminadas al bien de los españoles, en tanto en cuanto todas esas disposiciones oficiales eran dirigidas a mejorar el trabajo, la convivencia, el conocimiento, la sabiduría, la comodidad, el domicilio social, en los últimos años han pasado a destruir todo eso y más. Se ha decidido matar a los embriones y principio de ser de los humanos porque no le apetecía a quien lo había premeditado o por cualquier otro deseo; se ha considerado que cada quién podía terminar con la vida, suya o de los demás, cuando le gustara, bien mediante la eutanasia cuando considerara que ya no quería seguir viviendo, bien por suicidio, bien hartándose de drogas de variado origen, bien matando indiscriminadamente a tus semejantes..., y un largo y complejo conjunto de decisiones que llevan tanto al hombre como a la sociedad a revolver la conciencia de las personas de forma que van dejando caer los principios básicos del ser por incapacidad de sostenerlos ante las barbaridades que se presentan día a día.

O se ha llegado a la locura de deshacerse de lo hecho por necesario porque alguien se empeña en asegurar que determinadas creaciones del hombre son nocivas. Ciertamente es que la energía atómica, desde el punto de vista destructivo, es sumamente letal, demoledor; pero si se aprovecha para ayuda del hombre está demostrando que es sumamente útil: en la medicina, en la producción de otras energías, en la industria, en la minería, etc. Pero nuestros políticos –como los de otros países–, convencidos del disfraz que la han puesto los defensores del cambio climático, que no pueden demostrar nada de lo que sostienen, han ido desmontando las centrales eléctricas con lo que España ha perdido gran parte de la energía que producía y anda a la búsqueda de otra por medios mucho más caros; y España, que contaba con una cantidad considerable de presas, pantanos, azudes y embalses para producir energía eléctrica, suministrar el agua necesaria a las ciudades y el campo, ha iniciado el programa de demoler considerable número de esas construcciones, rompiendo la capacidad de suministro de agua para una buena parte de esas necesidades. Con lo que, al llegar este pasajero cambio climático, se han podido atender peor las necesidades, y se ha aumentado considerablemente la ansiedad en casi todos los sectores en los que es preciso disfrutar de agua.

Todo este desgobierno y anarquía sin duda ha de tener responsables. Y en algún momento habrá que señalar quienes lo produjeron, con qué intenciones lo hicieron y cuál es su responsabilidad. En unos casos será preciso empezar por cancelar o suspender con premura determinadas leyes para poner el orden donde se descompuso; en infinidad de ellos será imperioso levantar de los asientos tanto malintencionado o inútil como los ocupan; lamentablemente en no pocos resultará imprescindible echar mano de los papeles y llevarlos a los juzgados para que los responsables de determinados hechos aclaren el porqué de sus actuaciones, qué les iba en ello, y se les aplique lo que las leyes de siempre, las que ellos quisieron retorcer en su beneficio, o respondiendo a lo que les marcaban, incluso, aunque sea una aparente incoherencia, pues jueces y magistrados fallaron casos contra lo que la ley marcaba.

Realmente es un aspecto profundamente desagradable y mezquino el que se presenta, pero que será necesario barrer para limpiar la porquería que se ha ido depositando poco a poco o, a veces, a grandes saltos.

Así sea.